

---

### MONJES DE CANOPIA Y DEL VECINDARIO <sup>1</sup>.

La ciudad de Canopia, situada en una isla del Nilo, á cuatro leguas de Alejandría fué en tiempo de los paganos una de las más famosas de Egipto. Había allí un gran número de templos <sup>2</sup>: en ellos se enseñaban las letras sacerdotales de los Egipcios y aún la magia. Los extranjeros acudían allí en gran número, atraídos tanto por la bondad del lugar, que era muy sano y delicioso, como por la superstición; y el crimen estaba allí tan acreditado como la idolatría. Pero en tiempo del emperador Teodosio estos templos y las cavernas destinadas á los misterios de iniquidad fueron arruinados, y en su lugar se construyeron iglesias y monasterios. Esto dió ocasión al célebre sofista Eunapio, que vivía en aquel tiempo y que estaba extremadamente adherido á la idolatría, de declamar con furor contra la memoria de los mártires, cuyas reliquias se metían en los lugares santos, y contra los monjes que se colocaban allí para guardarlas. Pero como Dios hace servir la malicia de los malos para su gloria por los inescrutables designios de su Providencia, esta invectiva de Eunapio, hoy nos sirve contra los novadores, para demostrar que desde los tiempos de este pagano, los cristianos respetaban las reliquias de los Santos, que iban con devoción á postrarse

<sup>1</sup> Sulpicio Severo, Bulteau.

<sup>2</sup> El principal templo de Canopia era el de el dios Serapio, cuyas atribuciones no son bien conocidas y á quien los Griegos identificaron con Phiton, Esculapio y Júpiter. En tiempo de los Ptolomeos Serapio tuvo templos en Grecia y en Italia.

sobre sus sepuleros, que les reconocían por sus intercesores para con Dios y que guardaban con gran respeto sus imágenes en las cuales estaban representados los suplicios que ellos habían sufrido.

Así es como el error de Eunapio nos ha provisto de armas para combatir los nuevos errores, y como este sofista también sirve á pesar suyo para confirmar nuestra fé contra nuestros enemigos, siempre que se atrevan á levantarse contra ella. Además nos enseña que ya entonces había monjes cuyo hábito era negro; y diciendo que ellos bajo la apariencia de hombres llevaban una vida de puercos, nos da á entender cual era su pobreza y mortificación, pues se abstentaban de los baños, mientras que los sacerdotes egipcios se bañaban hasta tres veces cada día, y se ungián con aceites odoríferos; pues no les podían reprochar que hicieran buenas comidas, cuando su vida era tan sobria que no podía serlo más.

Uno de los más famosos templos de la isla de Canopia fué cedido á los religiosos de Tebas para servir de monasterio. Se le llamó *Metaneo*, es decir, penitencia, y á esta casa se le conservó el mismo derecho de asilo que había tenido cuando servía á los paganos. Algunos autores han creído, con motivo de este nombre, que este era el monasterio de la Prisión, ó de aquellos famosos penitentes de quien nos habla san Juan Clímaco; pero nosotros nada hemos hallado que nos determine á creerlo. Hay probabilidad, como dice Bulteau, que se llamó así, unicamente porque este lugar fué manchado desde su origen por las abominaciones de los paganos, cuando por un feliz cambio, esta isla, en donde antes reynaba la disolución y la impureza, se había convertido en retiro de santos religiosos, que sin cesar ofrecían á Dios sacrificios de justicia con la austeridad de sus ayunos. Parece que san Jerónimo confirma esto que decimos en el prefacio que puso al principio de su traduc-

ción de la *regla de san Pacomio*. Hizo esta traducción en favor de algunos latinos que fueron á Canopia y á otros monasterios de la Tebaida á hacerse religiosos, pues no entendían el idioma del país.

Sulpicio Severo habla en sus *Diálogos* sobre las virtudes de los solitarios de Oriente, de muchos monasterios que estaban al otro lado del vecindario del Nilo, cuya disciplina era perfecta. Posthumiano, á quien hace hablar, al principio dice, que navegando para Alejandría, el viento del mediodía, que les era contrario, les obligó á clavar áncoras frente de una tierra que les era desconocida, á la cual dentro de sus esquifes se fueron para instruirse de las costumbres de sus habitantes.

« Habiéndome alejado, dice Posthumiano, cerca tres leguas de la orilla, divisé una caverna muy baja entre dos montones de arena, en la cual encontré á un buen viejo vestido de piel quien hacía dar vueltas á una muela, y quien nos recibió con mucha humanidad. Le dijimos que la tempestad nos había tirado á aquella costa, y que la gran calma que le había sucedido nos impedía emprender de nuevo nuestra navegación. Añadimos que éramos cristianos y que deseábamos saber si había alguno en aquel desierto.

Entonces este buen viejo llorando de alegría se echó á nuestras plantas, nos abrazó, y nos invitó á orar. Enseguida puso en el suelo dos pieles de castrón, nos hizo sentar y nos presentó, para cuatro que éramos, la mitad de un pan de cebada con un puñado de yerba, cuyo nombre he olvidado, que se parece á la menta, pero que tiene muchas hojas y sabe á miel. Su extrema dulzura nos gustó muchísimo y aún nos saturó.

« Al día siguiente habiéndose reunido algunos de los habitantes para vernos, nos dijeron que este viejo era sacerdote, lo que él había tenido buen cuidado de ocultarnos. Fuimos con él á la iglesia, que estaba á tres leguas de allí.

Estaba hecha con ramas de árboles entrelazadas, y era poco más hermosa que su cueva, en la cual no se podía estar derecho.

Tal es la primera relación de Posthumiano. Por la descripción que hace de este buen viejo parece que era un santo solitario que había sido ordenado sacerdote para los habitantes de aquel país muy pobre é incómodo; pues dice Posthumiano que estaba cubierto de una arena ligera y ardiente; que allí no crecía ni el grano, ni aun las yerbas, á excepción de ciertos lugares en los cuales había algunas eminencias que ponían el terreno al abrigo del viento del mediodía, donde siendo la tierra más sólida producía algunas yerbas groseras en pequeña cantidad propias para nutrir los castrones.

La mayor prueba de la virtud de este solitario es que era muy pobre y amaba su pobreza. « Pues, dice Posthumiano, yo le ofrecí diez escudos de oro, y él los rehusó diciéndome con profunda sabiduría, que con el oro la Iglesia más bien se arruinaba que se edificaba. Sólo recibió algunos hábitos rindiéndonos muchas acciones de gracias. »

Después de esto Posthumiano relata la continuación del viaje que hizo á Alejandría, y llegando á los solitarios habla de ellos en estos términos: « Yo visité los monasterios situados en gran número sobre las dos orillas del Nilo. En cada uno ordinariamente hay cien religiosos; pero en algunas aldeas llegan hasta dos ó tres mil. Pero no penséis que por ser tan numerosos, practiquen menos los deberes de su estado. Su principal regla es vivir bajo la obediencia de un abad, y no hacer nada por su propia voluntad, sino someterse en todas las cosas á la de aquél.

Así á nadie se recibía en el monasterio sin haberle antes probado de tal suerte, que se le hubiese reconocido incapaz de desobedecer á mandamiento alguno del abad, por más gravoso y difícil que pudiera ser. Y si algunos de entre

ellos conciben el deseo de entrar en una perfección más alta, y de ir por eso al desierto para llevar allí una vida más solitaria y retirada, no lo ejecutan sino después de haber recibido el permiso, siendo su principal virtud el someterse á la autoridad de otro; y cuando están en el desierto se les provee por orden del abad de pan ú otro alimento.

« Cuando yo llegué, continua Posthumiano, sucedió que el abad de uno de estos monasterios envió pan por dos jóvenes, de los cuales el uno tenía quince años y el otro doce, á un solitario que se había retirado hacía poco en el desierto á seis millas ó diez leguas del monasterio. A su regreso encontraron una serpiente de una grandeza extraordinaria que llevaba su cabeza muy alta, lo que les debía espantar mucho; pero cuando estuvo cerca de ellos bajó la cabeza, y el más joven la cogió sin temor alguno, la envolvió con su manto y la llevó como en triunfo al monasterio. Enseguida desplegó su manto delante de todos los hermanos, y con complacencia arrojó al suelo esta monstruosa bestia que había traído cautiva.

« Los religiosos alabaron mucho la virtud de estos niños; pero el abad más discreto, temiendo que se hinchasen de orgullo en una edad tan tierna, les reprendió severamente por haber descubierto el milagro que Dios había hecho en su favor y haberlo considerado más bien como un efecto de su fé que del poder divino, y para castigarles de ello los hizo azotar á los dos.

« El solitario á quien habían llevado el pan supo el peligro que habían corrido, y como enseguida habían sido castigados. Suplicó al abad que no le mandara nada más, y así sufrió el hambre durante muchos días, teniendo su espíritu apoyado en Dios, por más que su cuerpo estuviera abatido por el ayuno. Como estuviera en este estado, Dios puso en el corazón de su abad el deseo de visitarle para reconocer con un cuidado caritativo cual podía ser su ali-

mento. Este fervoroso solitario ya lo vió venir de lejos, le salió al encuentro, le rindió gracias por su caridad, y le condujo á su celda.

« Como entrasen juntos en ella, vieron una cesta hecha de hojas de palmera colgada á la puerta y llena de panes. Por el olor juzgaron que este pan era caliente, y al cogerlo hallaron que parecía acababa de salir del horno; pero no tenía la forma de los panes de Egipto. Llenos de admiración reconocieron en estas señales que era un presente del cielo. El solitario lo atribuyó á la virtud de su abad y el abad á la viva fé del solitario. Rompieron este pan celestial con alegría, y el abad á su vuelta al monasterio llevó de él á los hermanos. Este milagro les tocó tan fuertemente y les inflamó de un deseo tan ardiente de irse al desierto, que sentían haber estado hasta entonces en sociedad con los hombres. »

Posthumiano también relata el ejemplo admirable de obediencia de un religioso nuevamente recibido en uno de estos monasterios: « Habiéndose, dice, presentado un hombre al abad para ser puesto en el número de los hermanos, éste le propuso la obediencia como condición principal para ser recibido. El postulante prometió guardarla toda su vida, y no encontrar para esto nada difícil.

« El abad por casualidad tenía en su mano un bastón que hacía mucho tiempo estaba seco; lo hundió dentro de la tierra, y le mandó que lo regara hasta que reverdeciera en esta tierra que era caliente. El discípulo obedeció al momento, y todos los días iba á sacar agua del Nilo, que distaba de allí cerca de dos millas, llevándola sobre sus espaldas. Pasó dos años en este penoso trabajo sin interrupción y sin perder el coraje, bien que nada esperaba según las leyes de la naturaleza; pero al fin Dios recompensó al tercer año su obediencia con un milagro; pues tuvo entonces el consuelo de verlo reverdecir, y yo mismo vi, añade Pos-

thumiano, el arbusto que produjo, que aun está en el patio del monasterio lleno de vigorosas ramas, que son como un continuo testimonio del mérito de la obediencia y del poder de la fé. »

---

### DISCIPLINA MONASTICA DE LOS SOLITARIOS DEL EGIPTO<sup>1</sup>.

Hemos dicho que el bienaventurado Casiano, después de haber visitado à los solitarios de Egipto y de los desiertos vecinos, y de haberse instruido en su disciplina, como lo estaba ya en la de la Palestina y Mesopotamia; por fin paró à Marsella en donde fundó el célebre monasterio de san Victor. Castor obispo de Apt, que había establecido un monasterio en el vecindario de su ciudad episcopal, queriendo dar à los monjes que allí había reunido una regla que pudiesen seguir con uniformidad, se dirigió à él para saber la disciplina que había visto practicar à los solitarios de la Palestina y del Egipto, y que él mismo hacía observar en su monasterio de Marsella, lo que nos ha procurado sus *Instituciones monásticas* y sus *Conferencias*, con las cuales nos enseña las costumbres y la doctrina espiritual de esos grandes maestros de la vida religiosa; obra que siempre ha sido muy estimada de santos y sabios, y si se exceptúan algunas ideas sobre las materias de la gracia, que la Iglesia después de mucho tiempo ha condenado y que este célebre escritor sostuvo antes que la iglesia definiera sobre ello.

Daremos aquí el resumen de sus *Instituciones* que contienen la disciplina monástica de los monjes de Oriente,

<sup>1</sup> Casiano.

principalmente de los de Egipto y de los otros desiertos del Africa; ellas siempre nos instruirán más en las santas costumbres de esos fervientes religiosos. Esta obra se divide en doce libros, tratando los cuatro primeros de la disciplina, y los otros de los vicios capitales, de sus causas y de los medios de curarlos.

En el primer libro habla del hábito de los monjes, empezando: 1° Por el cingulo, con el cual dice que un religioso siempre debe tener ceñidos los riñones, como un soldado de Jesucristo que siempre está preparado para el combate; lo que confirma por extenso con el ejemplo de los profetas y apóstoles.

« La escritura, dice, nos hace ver que aquellos que en el Antiguo Testamento echaron los primeros fundamentos de esta profesión santa, como Elías y Eliseo, llevaron un cingulo. Vemos enseguida que los príncipes y los primeros Santos de la nueva ley, San Juan, san Pedro, san Pablo y otros también lo llevaron durante su vida. »

2° Pasando luego al hábito monástico, dice que el religioso en sus vestidos no debe buscar más que cubrirse simplemente y defenderse contra el frío, y no nutrir su vanidad, ni satisfacer su orgullo... Que estos vestidos deben ser tan ordinarios, que nada tengan ni en su color, ni en la novedad de su forma que los haga singularizar entre las otras personas de la misma profesión. Que en ellos se debe evitar de tal manera toda suerte de afectacion, que no se busque un desaliño y una bajeza demasiado estudiados... Que por esto los mas sabios de entre estos anacoretas siempre han despreciado este hábito de piel llamado *cilicio*; que han creído que era demasiado singular, y que pudiendo ser demasiado notado por los otros, no servía para el bien de las almas y podía causar la vanidad... Que si se hallan personas de gran piedad que han llevado este vestido, no se debe establecer una regla general por aquello que un pe-